

Āl-Qanniš

TALLER DE ARQUEOLOGÍA DE ALCAÑIZ



LA NECRÓPOLIS DE EL CABO DE ANDORRA (TERUEL)

Relación entre género y cultura material
durante la Primera Edad del Hierro.

José Antonio Benavente, Raimon Graells y Salvador Melguizo
(Coordinadores)

ÍNDICE

PRÓLOGO	
Pierre Moret.....	9
LA NECRÓPOLIS DE EL CABO, EJEMPLO DE INTERVENCIÓN INTEGRAL EN EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO	
Jaime Vicente.....	11
PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS	
Los autores.....	13
1. INTRODUCCIÓN A LA EXCAVACIÓN	
José Antonio Benavente y Fernando Galve.....	15
El poblado ibérico de El Cabo y el descubrimiento de la necrópolis.....	15
La excavación de la necrópolis de El Cabo.....	19
<i>Campaña de 2005</i>	19
<i>Campaña de 2006</i>	20
2. CONTEXTUALIZACIÓN: EL POBLAMIENTO PROTOHISTÓRICO EN EL ÁREA DE ANDORRA	
Salvador Melguizo y José Antonio Benavente.....	21
Un territorio con una escueta historia arqueológica: siglos XIX y XX.....	21
¿Es posible una aproximación al poblamiento protohistórico en Andorra? Fundamentos e hipótesis.....	23
Finales del siglo XX. La actividad minera como catalizador de la arqueología andorrana.....	25
<i>Intervenciones en el yacimiento de El Cabo o El Cabo Bajo</i>	25
<i>Prospecciones en la cabecera del Val de Ariño. El descubrimiento de la necrópolis de El Cabo</i>	25
Breve apunte sobre las excavaciones en la necrópolis de El Cabo.....	25
¿Una necrópolis sin un hábitat contemporáneo? Problemas de cronología y su inmediato entorno de poblamiento.....	26
<i>La Val de Ariño I</i>	27
<i>La Val de Ariño II</i>	29
<i>La Val de Ariño III</i>	29
Un dilema a resolver.....	30
3. SITUACIÓN, FUNDACIÓN, ESTRUCTURACIÓN Y ESTRATIGRAFÍA DE LOS TÚMULOS	
Salvador Melguizo y José Antonio Benavente.....	31
Un lugar para una necrópolis.....	31
Túmulo 1 (T. 1).....	33
Túmulo 2 (T. 2).....	35
Túmulo 3 (T. 3).....	37
Túmulo 4 (T. 4).....	39
Túmulo 5 (T. 5).....	40
Túmulo 6 (T. 6).....	42
Características constructivas de la necrópolis de El Cabo.....	43
4. CONTEXTUALIZACIÓN: PERSPECTIVAS REGIONALES SOBRE ARQUITECTURA TUMULAR	
Salvador Melguizo y José Antonio Benavente.....	47
Precedentes bajoaragoneses.....	47
Primera Edad del Hierro en los ríos Aguasvivas y Martín.....	48
Arroyo del Regallo.....	49
Zona endorreica de Alcañiz.....	49
El río Guadalope: relectura sobre el sector occidental del grupo de cista excéntrica bajoaragones.....	50
<i>El Cascarujo (Alcañiz)</i>	50
<i>La Loma de los Brunos (Caspe)</i>	53
Desembocadura del Guadalope.....	56
Nuevas perspectivas: correspondencias hacia la cabecera del río Guadalope y de su afluente el Bergantes.....	56
Indicios de complejidad: la confluencia del río Bergantes con el Guadalope.....	57
Sector oriental del grupo de cista excéntrica bajoaragones (cuencas superiores e interfluvio Matarraña-Algás): Extensión hacia la Terra Alta.....	58
Paralelos lejanos: la Ribera d'Ebre.....	59

5. LAS URNAS CINERARIAS	
Salvador Melguizo, José Antonio Benavente y Raimon Graells	61
Una identidad técnica y morfométrica en la elección de los contenedores cinerarios	61
Vasijas tipo El Cabo	64
<i>Subtipo El Cabo A</i>	64
<i>La Urna 2A</i>	64
<i>La Urna 2B</i>	66
<i>La Urna 4</i>	67
<i>La Urna 5</i>	68
<i>Subtipo El Cabo B</i>	69
<i>La Urna 1</i>	69
<i>La Urna 3</i>	70
Una forma polivalente en lo funcional	71
<i>Una vasija de uso funerario</i>	71
<i>Una vasija de uso común</i>	72
<i>¿Una vasija de uso singular?</i>	74
Sobre la perforación del cuerpo de la Urna 4 (CNA05-T4-1/IG-23235)	74
A modo de síntesis	76
6. ESTUDIO TIPOLOGICO DE LOS OBJETOS METÁLICOS	
Raimon Graells	79
Introducción	79
Tipología de los objetos metálicos	80
<i>Brazaletes</i>	94
<i>Botón</i>	95
<i>Cadenas</i>	97
<i>Fibulas de doble resorte</i>	97
<i>Arracada</i>	98
<i>Torques</i>	98
<i>Pieza compleja</i>	98
<i>Colgantes tubulares cilíndricos</i>	99
7. APROXIMACIÓN AL RITUAL FUNERARIO	
Raimon Graells	101
Aspectos introductorios	101
Características particulares	102
Reconstrucción del ritual funerario	105
<i>A. Estadio predeposicional</i>	105
<i>B. Estadio deposicional</i>	106
<i>C. Estadio postdeposicional</i>	106
8. APROXIMACIÓN CRONOLÓGICA Y SOCIAL	
Raimon Graells, Salvador Melguizo y José Antonio Benavente	109
9. ESTUDIO ARQUEOMETALÚRGICO DE LOS OBJETOS PROVENIENTES DE LA NECRÓPOLIS DE EL CABO DE ANDORRA	
Alejandra Balboa	119
Introducción	119
Problemática de los estudios arqueometalúrgicos en contextos de incineración	120
Descripción de los objetos	121
<i>Los brazaletes</i>	122
<i>Las anillas</i>	123
<i>Fragmentos indeterminados</i>	123
Materiales y metodología	124
Discusión y resultados	124
<i>Estudio de los brazaletes</i>	124
<i>Estudio de las anillas</i>	127
<i>Estudio de los fragmentos indeterminados</i>	129
¿Objetos estañados?	129
Conclusiones	131
10. ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DE LAS INCINERACIONES	
José Ignacio Lorenzo	133
Materiales y metodología	133
Desarrollo del trabajo	133
<i>Túmulo 2 - Urna A</i>	133
<i>Túmulo 2 - Urna B</i>	136
<i>Túmulo 3 - Interior de la urna</i>	137
<i>Túmulo 4 - Interior de la urna</i>	139
<i>Túmulo 5 - Interior de la urna</i>	139
Estudio del tamaño de la muestra	141
Conclusiones	142
11. CONSERVACIÓN Y PUESTA EN VALOR DEL YACIMIENTO	

José Antonio Benavente y Fernando Galve	145
Introducción	145
Los trabajos de consolidación	146
Mejora de accesos, adecuación del entorno, protección y valorización	147
12. CONCLUSIONES	
José Antonio Benavente, Raimon Graells y Salvador Melguizo	149
13. INVENTARIO DE MATERIALES	
Raimon Graells y Salvador Melguizo	153
Título 1	153
<i>Inventario: CNA 05-T1-2 a CNA 05-T1-330</i>	153
Título 2	161
<i>Inventario Urna A: CNA 05-T2-3a a CNA 05-T2-3c</i>	161
<i>Inventario Urna B: CNA 05-T2b-4 a CNA 05-T2-12</i>	161
Título 3	162
<i>Inventario: CNA05-T3-2 a CNA05-T3-11</i>	162
Título 4	162
<i>Inventario: CNA 05-T4-2 a CNA 05-T4-160</i>	162
Título 5	165
<i>Inventario: CNA 06-T5-2 a CNA 06-T5-171</i>	165
14. BIBLIOGRAFÍA	
VV. AA.	171

APROXIMACIÓN CRONOLÓGICA Y SOCIAL

Raimon Graells

Salvador Melguizo

José Antonio Benavente

Entre los ss. VII–VI a. C. las tumbas con presencia de metal son pocas en todo el territorio del nordeste peninsular (Ruiz Zapatero 2004, 320; Pons *et al.* 2009, 553 s. fig. 8; Cat. Negabous 2010, 42–47 fig. 35; Graells e.p. 287). A este propósito vemos cómo la necrópolis de El Cabo representa una anomalía, tanto por la cantidad y variedad de tipos representados como por cómo fueron tratados en el momento de la celebración de los distintos funerales, lo que permite una aproximación social y cronológica ajustada.

Los distintos ajuares metálicos recuperados en la necrópolis muestran como características principales la riqueza de piezas y, por encima de eso, el haber sufrido, casi sistemáticamente, la acción del fuego. Como resultado, la mayoría de los objetos metálicos recuperados corresponden a fragmentos, deformados o fundidos entre sí. Este comportamiento se distingue claramente de lo observado en el Bajo Aragón oriental, donde los

ajuares metálicos no son ni tan abundantes en número de piezas ni han sufrido la acción directa del fuego. Únicamente la necrópolis de Sant Joaquim (Menarella, prov. Castellón) presenta algunas tumbas con los ajuares metálicos completamente alterados o destruidos por alteración térmica. Este comportamiento permite empezar a ver diferencias en los patrones de los rituales funerarios celebrados entre las comunidades de la Primera Edad del Hierro en el Bajo Aragón y los territorios colindantes, siendo posible ver algún tipo de relación entre el área andorrana y el norte de la provincia de Castellón que los materiales y las propuestas interpretativas usadas hasta día de hoy no reflejaban. Evidentemente este dato es circunstancial y solo nuevos estudios lo completarán, pero debemos atender este tipo de relaciones de intercambio de conocimientos y no exclusivamente de materiales por lo que al estudio de las estructuras funerarias respecta.

Por otro lado, la presencia de abundante material metálico, principalmente brazaletes, tanto de hierro como de bronce, así como anillas de cadenas y elementos de más difícil interpretación –por su estado de conservación– que sin duda formaban parte de objetos más complejos, obliga a un segundo nivel de análisis que los interprete como grupos de materiales. Por un lado, en la necrópolis de El Cabo destaca la presencia únicamente de elementos de ornamentación personal. Esto entra en una lógica habitual de las necrópolis del s. VII-VI a.C. en el Bajo Aragón y Serra del Maestrat, donde los ajuares raramente presentan elementos de vajilla metálica o armas, a excepción del vaso de la Loma de Domingo Sancho de Caspe (Álvarez y Bachiller 2000). Por otro lado, el estado de destrucción de los elementos de ajuar a causa de la cremación (*vid. infra* capt. 6) contrapuesta a otro que depositaría piezas enteras, quizás interpretable como una práctica cronológicamente distinta o como una práctica destinada a un grupo particular de esa comunidad (*vid. infra* capt. 7).

Destaca entre los elementos metálicos la escasez de fibulas y la ausencia de agujas, mientras que la presencia de brazaletes es general. La tipología de algunos de estos brazaletes, así como de un botón, permite proponer una cronología de mediados del s. VII o inicios del VI a.C., cronología coincidente con las cerámicas, pero que sorprendentemente dista de la reconocida para el poblado, fechado en el s. V a.C., tal y como sucede en el complejo de El Coll del Moro o, probablemente, en el de El Cascarujo.

Para situar cronológicamente los distintos conjuntos se ha seguido la propuesta de N. Rafel obtenida en su estudio de la necrópolis de El Coll del Moro (Gandesa, prov. Tarragona), donde se observó cómo hasta la segunda mitad del s. VII a.C. los únicos elementos de bronce asociados a las sepulturas eran los brazaletes, siendo a partir de ese momento cuando empezaron a documentarse otros objetos. Estos podían corresponder a piezas de ornamento o a piezas complejas formadas por una parte orgánica y otra metálica, la primera no conservada. Entre los ornamentos de nueva aparición destacan los colgantes con apéndices globulares, las cadenas, los anillos y anillas, los torques y las fibulas de pivote y de doble resorte, a las que rápi-

damente se asociaron las de hierro con resorte bilateral (Rafel 1991, 130; Graells 2005; ep.) siendo en la primera mitad del s. VI a.C. cuando estos elementos se combinan entre sí y aún no se asocian a las armas (Graells 2010, 223-234).

Dentro del arco cronológico considerado, en el nordeste peninsular se documentan otros cementerios con materiales y asociaciones similares, tanto con estructuras funerarias tumulares afines como con otros tipos, a veces sin estructura externa visible, para las que se ha acordado en llamar *campos de urnas* –no sin un intenso debate acerca del término y del concepto que implica–. Se trata de la necrópolis asociada al hábitat del Calvari del Molar, la de la Tosseta de Guiamets, la de Sant Joaquim de Menarella, la de Santa Madrona, la de Sebes, las de El Coll del Moro de Gandesa y alguna de las del conocido Grupo del Bajo Aragón. De estos conjuntos no disponemos de publicaciones actualizadas de todos, aunque podemos destacar los conjuntos de Santa Madrona, Sant Joaquim de Menarella, El Coll del Moro y el del Calvari del Molar³¹. Estos contextos guardan ciertas semejanzas morfológicas en cuanto a los ajuares recuperados, reconociéndose materiales y tipos muy próximos con los de El Cabo.

A este propósito resulta aún útil valorar la periodización del Bronce Final y Primera Edad del Hierro de Cataluña propuesta por S. Vilaseca. Según dicha propuesta, las dos necrópolis del Priorat Meridional, Calvari del Molar y Tosseta³², definían el período III (Vilaseca 1954, 78; 1973, 262), que acabaría fechando entre el 750-600 a.C. (Vilaseca 1973, 262). A pesar de ello, la coincidencia entre las fechas propuestas por Vilaseca y las cronologías que proponen los niveles del poblado de El Molar según las excavaciones recientes, obligan a considerar como aproximación cronológica más plausible la propuesta de M. Almagro Gorbea que dividía la fase Vilaseca III en dos (Almagro Gorbea 1977, 124-127), que correspondían a sus fases 1 y 2 de los Campos de Urnas Recientes y 1 de los Campos de Urnas del Hierro, con correspondencia con el esquema cronológico centroeuropeo *hallstättico*. Aún una última propuesta, derivada de la de Almagro Gorbea, ha sido la de G. Ruiz Zapatero, que ha diferenciado entre una fase I fechada entre 800-700 a.C. y una fase II fechada

³¹ Casos como el de la necrópolis de La Tosseta, que fue descubierta a raíz de su destrucción, o el de algunas necrópolis del Bajo Aragón, corresponden a hallazgos de tumbas ya saqueadas que aquí poco aportan al análisis.

³² Junto a ellas, se añaden las necrópolis de Les Obagues de Montsant (prov. Tarragona), Llardecans (prov. Lleida) y Roques de Sant Formatge (Seròs, prov. Lleida).

entre 700-600 a.C. (Ruiz Zapatero 1985, 162-170). Pese a ello, la cronología no ha sido completamente aceptada y ha sido objeto de replanteamientos en base a dataciones radiocarbónicas conseguidas por análisis de parte de sus tumbas (Rafel y Armada 2008) o por aplicación de series generales (Castro 1994). Particularmente, las críticas a la periodización interna de la necrópolis de El Molar realizadas por Castro (Castro 1994, 20-21, 130-131; López Cachero 2005, 35), se fundamentan en determinadas asociaciones cerámicas y metálicas, que invalidarían las fases propuestas por Ruiz Zapatero (1985, 162-170) aunque las limitaciones del registro hicieron que Castro acabara proponiendo la misma cronología final que Almagro Gorbea o Ruiz Zapatero. De manera que, como han propuesto N. Rafel y X. L. Armada (2008, 154-157), puede seguir utilizándose la cronología arqueológica tradicional por caer este período en la llamada “catástrofe de la Edad del Hierro” y mantenerse *grosso modo* la cronología 800-600 a.C.³³.

Tomando en cuenta lo expuesto, puede considerarse que las tumbas más antiguas de la necrópolis de El Cabo serían las del túmulo 2 y 3, con escasa representación de elementos metálicos en su ajuar, con poca acción del fuego y con un depósito singular en ambos casos. A ellas seguirían poco después los túmulos 1 y 4, que presentan aún rasgos de cierta antigüedad, tal y como sugiere la cadena con elementos de unión realizados en lámina, pero que empiezan a concentrar abundante cantidad de objetos metálicos, además de fijar un patrón ritual de exposición integral del ajuar metálico personal en la pira. El último sepulcro de los excavados parece corresponder al túmulo 5, que presenta los elementos más modernos y la mayor concentración de objetos metálicos, confirmando la tendencia observada en otras áreas sepulcrales, ya en el cambio entre el s. VII y el VI a.C.

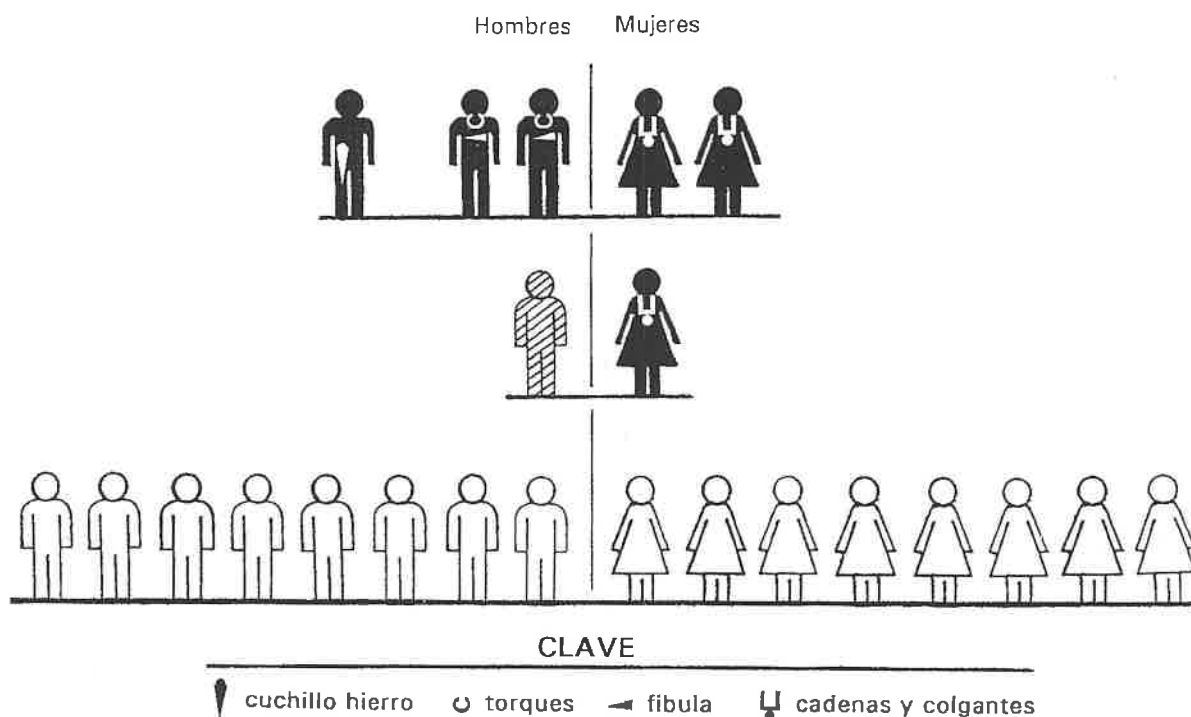
A nivel social, el cementerio presenta interesantes aspectos interrelacionados sobre los que reflexionar. Tales como el estatus o la riqueza pasan por una

correcta identificación sexual y que, como tendremos ocasión de ver, es un tema particularmente complicado. Si bien hasta la fecha existen pocas aproximaciones a la estructuración social de las comunidades de la Primera Edad del Hierro de la región, disponemos de los intentos realizados sobre el registro de la necrópolis de El Calvari (El Molar, prov. Tarragona) (Castro 1994: 155; Ruiz Zapatero 2001, 280-282; 2004, 319-320) que, como ya hemos visto, presenta cierta analogías en cuanto a cultura material con la de El Cabo. El Calvari, según la propuesta de G. Ruiz Zapatero, tendría un crecimiento concéntrico (Ruiz Zapatero 2004, fig. 9.G), manteniendo el centro para personajes destacados de cada período. En cambio, las lecturas de P. V. Castro (1994, 155), y posteriormente de J. López Cachero (2007, 114), observan cómo en la parte focal de la necrópolis se concentran las tumbas arquitectónicamente más complejas, sin metal, que pertenecerían a un grupo privilegiado dentro de las redes sociales de la comunidad, mientras que en los sectores NE y SE se ubicarían los grupos que concentran los objetos metálicos³⁴. Por otro lado, un análisis por periodos incide en que, para la última fase, las tumbas más ricas en cuanto al contenido de ajuar metálico se sitúan en el cuarto sureste. Por otro lado, aquellas con cuchillo de hierro en su ajuar se sitúan en el cuarto noroeste. Este examen de la distribución de tipos pone en entredicho la propuesta que veía “sin lugar a dudas, [...] la distinción de dos grupos sociales que convivirían dentro de una misma comunidad, uno estable que poseería reconocido su estatus mediante enterramientos tumulares diferenciados del resto y ceremonias funerarias específicas y otro emergente que controlaría una parte importante, si no la totalidad, de los mecanismos económicos de la comunidad” (López Cachero 2007, 114)³⁵. De esta manera, la crítica que puede hacerse hoy hacia estas aproximaciones sociales es la no distinción cronológica entre las tumbas, que ha comparado las de las fases antiguas con otras de las recientes, hecho que ha puesto en entredicho la viabilidad de distinguir procesos sociales o prácticas rituales o funerarias particulares.

³³ Quizás una solución sea una seriación tipo-cronológica, no realizada hasta la fecha, a pesar de que el trabajo de Castro ha sido identificado como de crítica a la tipología. En ese estudio, Castro consideraba las categorías de los objetos de bronce sin caracterizar analítica y tipológicamente cada tipo. De esa manera presentaba categorías amplias que no reflejaban la naturaleza de los subgrupos y, a su vez, se perdía la posibilidad de utilizar el material metálico como indicador. Esta deficiencia se incrementaría aún más con el análisis de asociaciones de tipos y la comparación unitaria de todos los ajuares entre sí que, inevitablemente, implicaría deficiencias en el análisis social.

³⁴ Esta afirmación es, cuanto menos, discutible por la presencia en la tumba 95 de una fibula de doble resorte y brazaletes de tipo III, en la 107 de brazaletes de tipo I y en la tumba 91 espirales de bronce, datos que invalidarían la propuesta de Castro.

³⁵ En cualquier caso, esta idea podrá retomarse una vez se proponga un análisis de la necrópolis por fases y no una discusión sobre la cronología y luego un análisis que obvia las diferencias cronológicas.



8.1. Esquema de reconstrucción de la pirámide social de la necrópolis de El Calvari (El Molar, prov. Tarragona) (Ruiz Zapatero 2004, fig. 14).

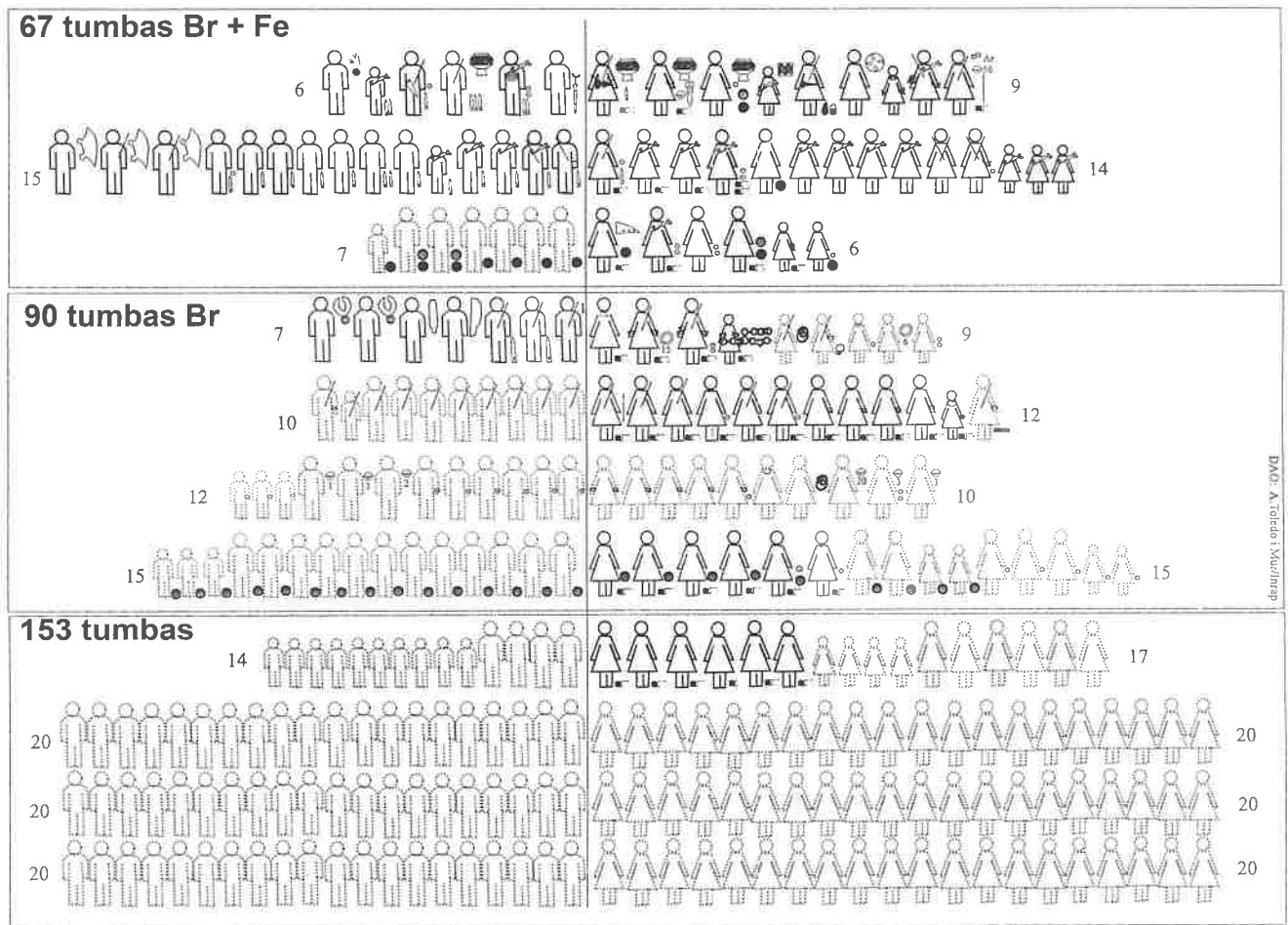
Pero, después de este continuo de críticas, ¿es posible aportar nuevos datos acerca de la cronología o la estructuración social de la necrópolis? A nivel tipológico, el estudio detallado de las categorías metálicas permite precisiones para los extremos cronológicos y también acerca de la vida económica del hábitat y, por otro lado, el análisis de los ajuares permite proponer una serie de preguntas para las que solo el estudio tipológico podrá responder.

Todo lo presentado hasta ahora, confiere al conjunto funerario del Calvari del Molar una personalidad propia, distinta de la que se observa en territorios más meridionales o litorales y que sirve como punto de referencia para casos como el de la de El Cabo. Los argumentos para tal afirmación se basan en el registro material detectado y en su correspondencia cronológica con las del valle del Ebro y del Bajo Aragón.

La progresiva interacción de media y larga distancia que acontece a partir de mediados del s. VII a.C. —con el comercio mediterráneo entre uno de sus agentes— en el vecino contexto de Coll del Moro de Gandesa, donde las fases antiguas de las necrópolis presentan una cultura material y un determinado uso de las estructuras funerarias siguiendo la tradición local

(Rafel 1989; 1993), alteró su uso primigenio y los transformó de meros elementos de vajilla a recipientes de uso funerario, cambiando así su función de *destinación*, primigenia, a una de *transformación*, reformulada (Morel 1989-1990, 515). El caso de El Cabo, del que no conocemos los contextos de hábitat coetáneos, obligan a una serie de consideraciones distintas, evidenciando, por un lado, la dificultad en establecer un panorama de amplio alcance para los rituales funerarios protohistóricos de la región y, al mismo tiempo, demostrando una identidad propia.

El ritual funerario de cremación se mantiene inalterable a lo largo de la vida de las áreas sepulcrales regionales mediante el depósito de un único vaso cerámico y la presencia intermitente de ajuares metálicos. La principal alteración en El Cabo parece estar representada por la articulación de los ajuares metálicos en todas sus tumbas, numéricamente más consistentes y con mayor número de tipos que en el resto de las coetáneas de las inmediaciones, hecho que permite distinguirla por su riqueza y por las características del grupo representado, que habría transformado la moda local a una idea de acumulación y exhibición generalizada entre sus miembros.



Dado: A. Tóledo / Muzimtep

8.2. Esquema de reconstrucción de la pirámide social de la necrópolis de Negabous (Perpignan, Francia) (Cat. Negabous 2010, fig. 35).

Sin duda, esto sería resultado de la interacción con otras poblaciones, coincidiendo con el momento final de la necrópolis, donde aparecería una tendencia generalizada de acumulación de ornamentos en ajuares, *a priori* femeninos, acabándose antes del momento de emergencia de las aristocracias y del uso de las importaciones como elementos de exhibición y competición social (Graells 2010)³⁶.

Si miramos de manera amplia el Golfo de León durante el final de la Edad del Bronce, vemos cómo aparece organizado socialmente de una manera aparentemente igualitaria. Esto es especialmente claro en el registro funerario, con unos patrones funerarios sin diferencias significativas, que a partir del cambio a la Primera Edad del Hierro inicia un rápido proceso de

estructuración mediante la acumulación de bienes y una complejidad creciente de las asociaciones de materiales en los depósitos funerarios. El área turolense analizada y sus territorios colindantes también.

Mientras que en el Golfo de León parte de este proceso de progresiva estructuración se ha atribuido a un dinamismo social que empezó a interactuar con poblaciones de otros territorios y a demandar productos a cambio de excedentes, en la zona turolense –particularmente en El Cabo– las evidencias arqueológicas no permiten esta afirmación de manera categórica. En la zona en estudio los contactos deben considerarse con las comunidades colindantes y no de largo alcance, aunque se hizo eco de lo que acontecía en las regiones costeras. Allí, estos contactos se desarrollaron en un

³⁶ Especialmente significativos en este discurso son los ajuares con fibulas de doble resorte 47, 61, 65 y 95 de la necrópolis de El Cavari (El Molar, prov. Tarragona) y, de una fase anterior, la tumba 52, caracterizada por un ajuar femenino de pequeñas dimensiones que podría hacer pensar en un trato particular hacia las mujeres de ciertos linajes.

escenario propicio para el ofrecimiento de recursos mediante vías de comunicación entre el norte de Italia, el interior del continente, el Atlántico y la Península Ibérica. Es gracias a la circulación de personas y objetos por esta red de comunicaciones que se aceleraron los cambios en la estructura de las sociedades.

En este contexto algunos individuos, progresivamente, empiezan a romper la dinámica social general acumulando un mayor número de objetos de ajuar y, por primera vez, preocuparse de la coherencia funcional de los mismos hasta culminar el proceso durante el segundo cuarto del s.VI a.C. en estructuras identificables como jefaturas, visibles a partir de sepulturas de personajes de las élites guerreras. Esto coincide, entre el 650/625-575 a.C., con una expansión demográfica y su progresivo aumento de presión sobre los recursos, acentuado por una mayor incidencia del comercio mediterráneo que, a su vez, sería portador del estilo de vida de las aristocracias itálicas y griegas.

Las formas de expresión del poder local asimilaron los comportamientos aprendidos de los modelos foráneos, así como también bajo esa misma influencia renovaron el repertorio cerámico y metalúrgico. El comercio colonial y las relaciones de intercambio a larga distancia son el estímulo y revulsivo que potencia el desarrollo y estructuración social, pero la jerarquización intracomunitaria tiene unas características de carácter “indígena”.

El dibujo de estas relaciones, a veces de larga distancia, lo define la tipología de los materiales y su distribución. A tal efecto, en conjuntos como el fenómeno launaciense, es fundamental para poder ver en sus depósitos los materiales indicadores del alcance de estos intercambios. Los contactos con el nordeste de la Península Ibérica son claros a partir del depósito de Rochelongue al que se ha añadido recientemente el hallazgo del depósito del Turó de la Font de la Canya (Avinyonet del Penedès, prov. Barcelona). Otros, más antiguos, evidencian una comunicación con el continente. La relación con Italia cambia con el paso del tiempo: para la fase inicial del periodo considerado se concreta una presencia de materiales de ornamentación personal de tipo Chiavari (Liguria) y, en segundo lugar, una heterogénea nebulosa de orígenes para explicar el supuesto hallazgo de varias fibulas itálicas. En cambio, en el momento final, a mediados del s. VI a.C., el contacto con Italia se concreta con la presencia de abundantes materiales etruscos, principalmente de uso relacionado con el banquete. Además de estos

numerosos elementos materiales de distribución limitada, cabe considerar una dinámica de intercambios de mayor alcance, especialmente con el área centroeuropea. En estas relaciones aparece la distribución de otros elementos de ornamentación metálicos y el ámbar. Pero citar estas redes hacia oriente, hacia distintos límites orientales, tiene como elemento en común que el límite occidental se sitúa en el Bajo Aragón, en una frontera difusa que encuentra en la sepultura de Les Ferreres su exponente más claro (Graells 2013a; 2013b; Graells, Armada 2010).

El éxito de este proceso es la apropiación o control de las vías de comunicación. Ejemplos de esto y del acceso a los bienes de prestigio para distinguirse socialmente por parte de las élites, los encontramos en el caso de la tumba 118 de la necrópolis de Agde, que se asocia a un broche de cinturón de tipo “Y” que encuentra paralelos en el noroeste italiano; o en la tumba 121 de la misma necrópolis, donde las dos cuentas de ámbar se asocian a un broche de cinturón de tipo *Fleury*, probablemente de producción catalana, y a otro broche de tipo *Chiavari* que muestran el impacto de unas relaciones de largo recorrido entre Italia y el nordeste de la Península Ibérica hasta ahora poco consideradas. Pero el caso más notable es el de las *Tumbas de damas singulares*. Su singularidad funeraria distingue a estas tumbas del resto de personajes coetáneos como un grupo social privilegiado. Se conocen tres casos en el sureste francés (La Gravette, Campagnan y Château-Roussillon) y otro en el Pirineo catalán (Serrat d’En Balà), con características que privilegian su aislamiento y la riqueza de estas mujeres ricamente aderezadas. En cualquier caso, el fenómeno se concentra en contextos funerarios aislados o en grupos extremadamente reducidos, lo que contrasta con los datos que tenemos de los personajes sepultados en tumbas aisladas de incineración y que pueden considerarse sin problemas como personajes masculinos caracterizados por su papel de líder militar, mientras que las mujeres corresponderían con individuos de alto rango a partir de los elementos con los que se sepultan y fechados en un primer momento de la Primera Edad del Hierro. Estas tumbas femeninas van a ir, progresivamente, diluyéndose dentro de las necrópolis gracias a la consolidación de un mayor número de mujeres enterradas con elementos diferenciadores de estatus que, lamentablemente, no han sido objeto aún de una clasificación detallada y que permita distinguir correspondencias entre edades o grupos regionales. Si las tumbas femeninas presentan su distinción social en

el s. VII, a partir del s. VI encontramos la segunda fase del proceso de afirmación y consolidación de las aristocracias del Golfo de León con el fenómeno de las *Tumbas aisladas de guerrero* y la militarización de la sociedad.

No es tarea fácil intentar vislumbrar el universo sociocultural en una comunidad de la Primera Edad del Hierro, y menos en el área suroccidental bajoaragonesa. Ante estas lagunas caben dos métodos de aproximación complementarios: por un lado un acercamiento a la antropología cultural, y por otro asumir que los restos materiales conservados nos enfrentan a una realidad de personas reducidas a su mínima expresión por un proceso de incineración, al escueto ceremonial interpretable y a los bienes que les acompañaron —siempre que resistieran acciones tan agresivas y al paso del tiempo—. A la hora de identificar el sexo biológico, el argumento principal deben ofrecerlo los huesos, mientras que los ajuares y rituales atañen más a la esfera del género, entendido como construcción cultural. Sobre todo esto también carecemos de fundamentos interpretativos irrefutables, así que tal vez sería mejor no iniciar este camino, pero intentaremos abrir vías de discusión planteando tres hipótesis de trabajo:

a) Nos encontramos ante un cementerio homogéneo, tanto por el sexo biológico de sus ocupantes como por el rito incinerador, aunque en el desarrollo de éste existe una disparidad cuantitativa entre los ajuares. Cinco de las seis tumbas contendrían restos óseos de mujeres formadas, si bien juveniles. Las características antropológicas glosadas en el capítulo 10 serían relativamente favorables a este punto de vista y los bienes metálicos depositados carecen de ítems atribuibles tradicionalmente a la esfera del género (cultural) masculino.

b) Es un área sepulcral mixta biológicamente, pero homogénea en el rito de cremación. La disparidad cuantitativa antes señalada para los metales sería un indicador de género: dos tumbas (T2 y T3) albergarían tres individuos masculinos jóvenes, mientras que en T4 y T5 serían femeninos, de parecida edad a los primeros. Los hombres, dentro de las variables antropométricas juveniles, serían gráciles. Se acompañarían por sus pertenencias menos voluminosas que las de las mujeres, entre las que hemos podido reconocer algunos brazaletes.

c) Seamos prudentes, caminamos sobre terreno inestable. Solo hay una uniformidad ritual con diferen-

cia de "riquezas" asociadas y los restos no permiten determinar el sexo biológico tanto por los detalles óseos conservados, como por su ajuar y su indefinición de género.

Durante la segunda mitad del siglo VII e inicios del VI a.C., en el Bajo Aragón y las zonas circundantes, lo que caracterizaría a los elementos metálicos hallados en las necrópolis sería su aparente vinculación con el ornamento. Estas piezas aparecerían acomodadas directamente sobre el cuerpo o sujetas a la vestimenta. Los paralelos con otras áreas europeas coetáneas en las que el cadáver no se incineraba, permiten identificar su situación aproximada sobre el cuerpo y extrapolarlas con cierta lógica y fundamento: la posición de los brazaletes en los antebrazos, las arracadas en las orejas —quizás también en la nariz—, así como la de las fíbulas y las agujas sobre el tronco superior. Más compleja parece la ubicación de las cadenas, a veces interpretadas como cinturones, pero en otros contextos frecuentemente como collares, de donde penderían los colgantes. Lo mismo que las piezas enrolladas, desde hace ya un tiempo identificadas como adornos para el cabello, indistintamente atribuidas al género masculino o femenino. Su combinación con un atuendo desaparecido, más otros rasgos de los que tampoco tenemos ningún testimonio (peinados, tatuajes...), a tenor de paralelos etnográficos, podrían transmitir complejos mensajes no verbales entre los miembros de una comunidad, así como hacia el exterior de ella, abarcando informaciones referentes, por ejemplo, al área de origen de quien los llevaba, al estatus dentro de la estructura social, al género, edad, o su situación ante el matrimonio (Arnold 2012, 88, 94 y 107).

Testimonio de esa riqueza simbólica perdida sería el caso de otros elementos más complejos, en parte metálicos y orgánicos, para los que de momento no podemos interpretar función, uso o significado cultural, aunque dado que acompañaron a los difuntos debieron poseerlos de sobras. Es difícil relacionarlos con algún adorno, mas no puede descartarse dadas sus dimensiones.

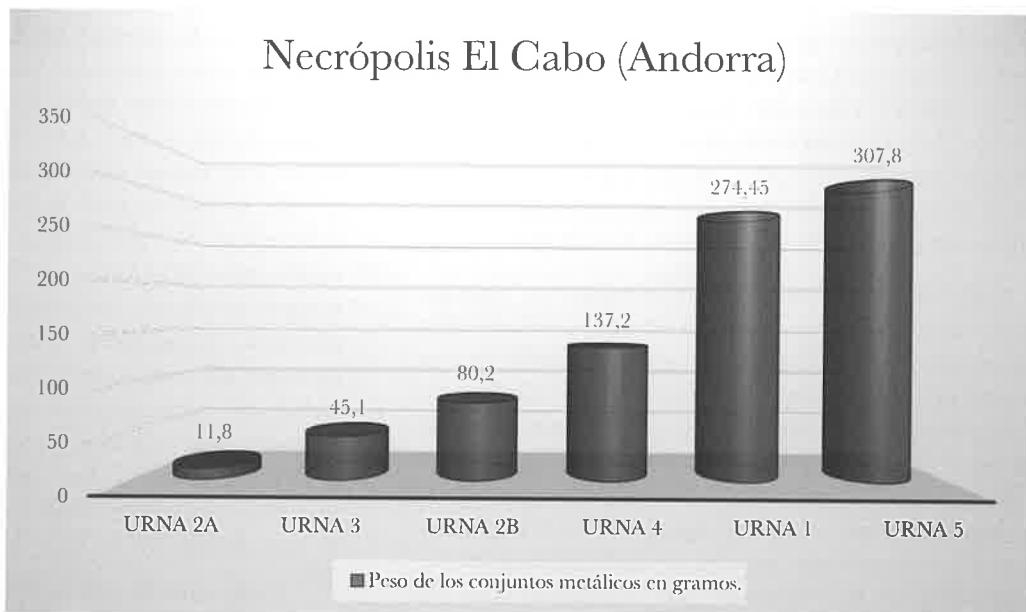
Privados del marco de referencia original ¿cómo determinamos la parte de indicador de género en estos enseres? Una posibilidad sería la de recurrir al precario estado sobre el conocimiento de la cultura material protohistórica de la zona analizada. Para ello es necesario asumir que pueda analizarse de manera conjunta en todo el territorio y que no nos encontremos con

prácticas o comportamientos diferenciados para cada comunidad. De ser así, podríamos intuir que la acumulación destacada de brazaletes en un mismo contexto funerario podría interpretarse como un indicador de la coincidencia del carácter sexual femenino con el mismo género cultural. Pero también podemos observar que no resultaría extraña la situación contraria, acompañando a individuos probablemente de sexo masculino. Ciertamente esta explicación ya nace con fisuras a la hora de establecer sus difusos límites fuera de los extremos. Este problema ha sido ya identificado para la misma época en otros lugares de Europa, y tendría sus raíces en la suposición de que el género en las sociedades prehistóricas se organizó de acuerdo a un sistema de oposiciones binarias, en lugar de como una variable continua (Arnold 2012, 93)³⁷, es decir, que los objetos de ornato y para este periodo cronológico, tienen un valor de género relativo ya que pueden encontrarse sobre cuerpos de ambos sexos. Un análisis antropológico generalizado pondría matices y certezas, pero trabajar sobre incineraciones, con las dificultades que conlleva, no permite hasta el momento ser más tajantes.

Otra posibilidad podría ser la de identificar un tipo recurrente para hombres y otro característico para mujeres pero, a falta de un estudio tipológico de amplio alcance, debemos ser prudentes. En la necrópolis de El Cabo, por ejemplo, las tumbas 2 y 3 son las dos únicas que presentan brazaletes con los extremos acabados en apéndices globulares, de lo que no se infiere su inexistencia en los otros ajuares destrozados por el fuego. Demos un paso y asumamos que fueran las únicas. En una serían de bronce y en la otra de hierro, con lo que la homogeneidad para

identificar un patrón se reduciría al tipo con apéndices. Estas tumbas 2 y 3 de la necrópolis de El Cabo podrían corresponder, por la poca presencia de brazaletes, a individuos de género masculino, y las tumbas 1, 4 y 5 a individuos de género femenino por un número alto de piezas, pero los ajuares de otros contextos –necrópolis del Bajo Aragón o de Castellón, por ejemplo– que podrían ayudar a su identificación sexual, tampoco lo resuelven.

A estos elementos podría sumarse el uso de un ritual funerario distinto para las tumbas 2 y 3, donde los brazaletes no estarían quemados, lo que reforzaría una idea de trato diferencial para los individuos de cada sexo. Mas de ser cierta esta distinción, los datos antropológicos deberían corroborarla y en cambio parecen no reflejar esa diversidad.



8.3. Tabla de pesos de metales por urnas (Autor S. Melguizo).

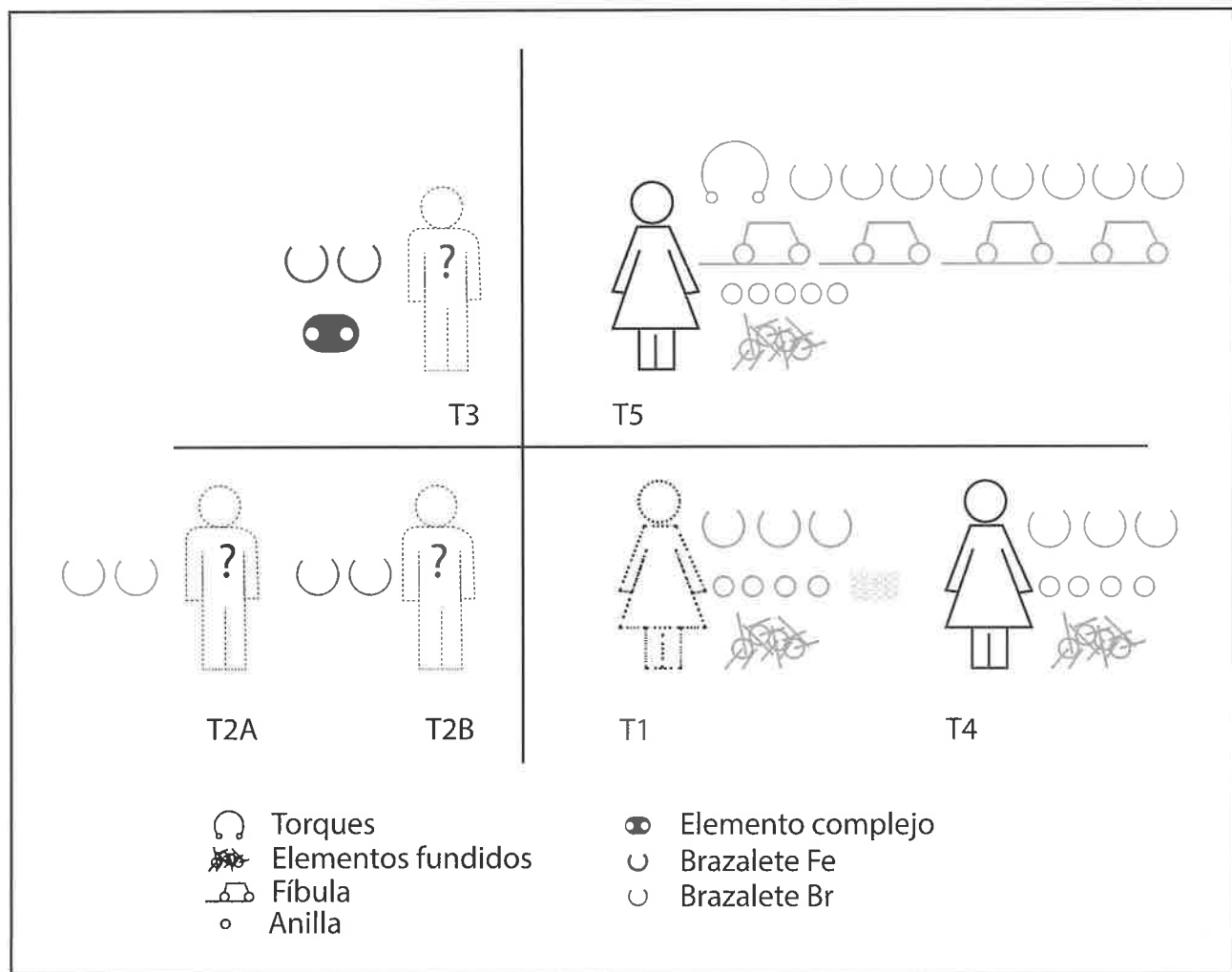
Entonces, ¿cabe interpretar la necrópolis de El Cabo como un cementerio biológicamente femenino o mixto? Si fuera la segunda opción, nadie se sorprendería por la dicotomía de cantidades y tipos de ajuares culturalmente de género, pero si en cambio, fuera la primera propuesta estaríamos asumiendo que existía una separación espacial o segregación del área sepulcral por sexos. En el cementerio andorrano sólo hemos visto una parte, pero debemos recordar que en el Bajo

³⁷ *Biological sex, potentially identifiable based on skeletal remains (if preserved), and gender as marked by extrasomatic criteria, such as dress, do not always correspond in Iron Age burials (Arnold 1991, 2006; Burmeister 2000: 81–82); however, most archaeological interpretations continue to work from the assumption that gender in prehistoric societies was organized according to a system of binary oppositions rather than as a variable continuum, as the Iron Age mortuary record suggests.*

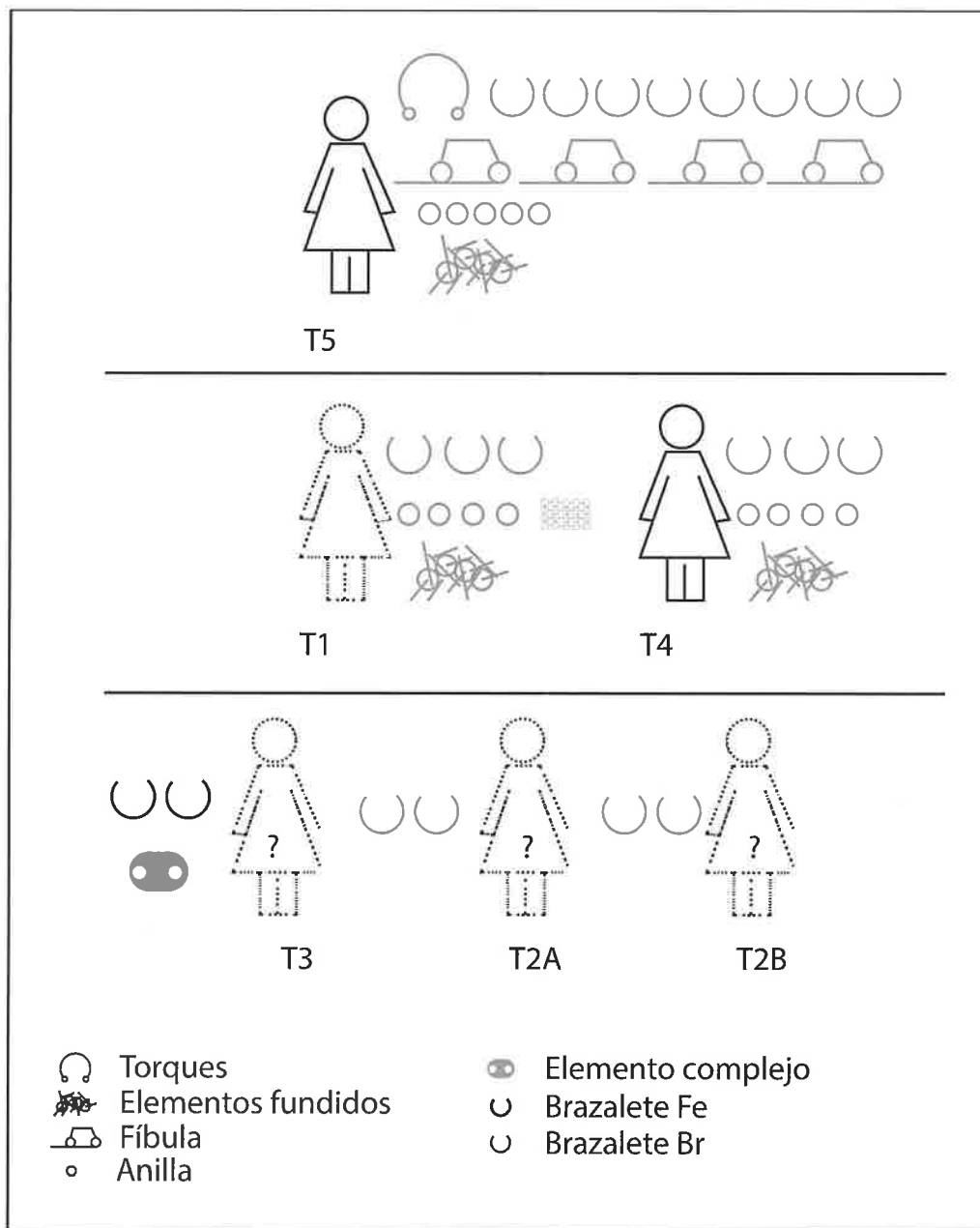
Aragón no son raras las zonas funerarias con número reducido de tumbas. De modo que siendo cierto que solo se ha excavado y recuperado parcialmente, con lo que la documentación es sesgada, los tipos de materiales encajan tanto en ajuares culturalmente femeninos como en mixtos, debido precisamente a su indefinición a tal respecto. A lo que hemos de añadir el problema que representa que, en todas las incineraciones, el vaso cinerario sea tipológicamente parecido. Pero creemos que este detalle indica –cosa rarísima en la región– una voluntad de connotar a todos los miembros de esa comunidad –al menos todos los que se han podido documentar– siguiendo un ritual preciso –que hemos visto que varió ligeramente a lo largo del tiempo– y no a un sexo en particular.

A causa del precario conocimiento de la cultura material metálica del periodo y de la limitada información que a esta discusión aporta el registro material cerámico, no estamos en condiciones de discernir sobre si los marcadores de género varían de una región a otra, o que también puedan hacerlo a lo largo del tiempo (Arnold 2012, 95).

Tomando en consideración estas reflexiones, el panorama que observamos en los seis túmulos de la necrópolis de El Cabo es el de un reducido espacio funerario en el que un grupo de individuos, tal vez femeninos, consiguieron emerger socialmente y fueron sepultados con sus numerosos ajuares de ornato al lado de (según las dos primeras propuestas hechas con anterioridad):



8.4. Esquema de reconstrucción de la pirámide social representada en la necrópolis de El Cabo si aceptamos la existencia de ajuares mixtos (Autor R. Graells).



8.5. Esquema de reconstrucción de la pirámide social representada en la necrópolis de El Cabo si aceptamos la existencia únicamente de ajuares femeninos (Autor R. Graells).

a) Sepulturas femeninas más pobres, si no distinguimos entre los tipos de ajuar y atendemos a los datos sugeridos por la antropología y por el volumen de metal;

b) Personajes masculinos sobre los que se siguen rituales funerarios diferenciados de esas ricas damas, y que identificarían su sexo ante la ambigüedad ósea.

c) La opción c quedaría como el comodín más aséptico y por ello menos probable.

Sea como fuere nos encontramos ante un estadio previo al de la militarización y surgimiento del jefe guerrero y la sociedad arcaica o ibérica antigua que fechamos en el tránsito entre los ss. VII y VI a.C.